

## POLITICA EXTERIOR E INTERIOR DEL CANADA EN EL MOMENTO ACTUAL

Quisiera exponer brevemente los lazos existentes entre la política interior del Canadá y su política exterior, ya que estoy convencido de que para poder comprender esta última es preciso conocer los hombres que la llevan a cabo y el país que gobiernan y en el que viven. En otras palabras, la política exterior de un país depende de su política interior, y debería ser una extensión de ésta y reflejar las preocupaciones internas del país.

Empezaremos haciendo algunas reflexiones acerca de la situación geográfica. El Canadá se encuentra en una situación relativamente aislada en América del Norte. Estamos rodeados por tres océanos: el Atlántico, el Pacífico y el Artico, pero no tenemos más que un vecino inmediato, nada más que un país con el que hemos de convivir, y con el cual compartimos el continente norteamericano hasta la frontera con México. El Canadá, y estamos orgullosos de ello, es el mayor de estos dos países en cuanto a superficie. De hecho, el Canadá es en este aspecto el segundo país del mundo. Pero, por el contrario, en el plano demográfico, en el plano de la población, los Estados Unidos son un país diez veces mayor que el nuestro, y esto resume aproximadamente las relaciones entre ambos países.

El primer ministro del Canadá, señor Trudeau, hizo alusión a esta situación demográfica hace algunos años, cuando les dijo a nuestros vecinos norteamericanos que convivir con ellos en el continente americano era algo así como estar acostado en la misma cama con un elefante. Siempre estamos atentos a los menores gestos y movimientos de nuestros vecinos, mientras que ellos parecen a menudo no prestar atención a nuestros movimientos ni incluso a nuestros deseos. Nos encontramos, pues, en una situación muy vulnerable con relación a los Estados Unidos. Y esta vulnerabilidad va en aumento actualmente a causa del movimiento mundial de interdependencia entre Estados. En el plano económico, el Canadá ha llegado a ser uno de los países más prósperos del mundo, con un nivel de vida de los

más elevados, pero ello es debido, entre otros motivos, a los capitales americanos y, en general, a la vecindad con los Estados Unidos. Por ejemplo, somos uno de los principales países en cuanto a intercambios comerciales, pero el setenta por ciento, casi las dos terceras partes, de este comercio, se realiza con los Estados Unidos. Añadiremos que todo nuestro desarrollo económico, o al menos buena parte de él, se efectúa gracias a los capitales americanos a los que hemos recurrido para desarrollar nuestros recursos. Otro tanto puede decirse, por ejemplo, de nuestro desarrollo cultural, del de nuestras comunicaciones, etc. Estas relaciones entre el Canadá y los Estados Unidos han sido muy provechosas para nosotros, y siguen siéndolo, pero crean una situación de interdependencia. En otras palabras, pagamos por ellas un cierto precio en cuanto a independencia nacional e incluso, a veces, en cuanto a libertad de acción. Este es, por tanto, el primer dato que quería ofrecerles con relación a la situación del Canadá.

No quisiera causarles una impresión demasiado pesimista acerca de estas relaciones entre el Canadá y los Estados Unidos. La situación que les he descrito nos preocupa, pero nos queda la posibilidad de corregirla. Por ejemplo, tras el desarrollo de los últimos años, el Canadá está mucho más capacitado para financiar sus proyectos con capitales propios. En efecto, si actualmente los canadienses invirtieran todo su dinero dentro del país, no tendríamos necesidad de capitales extranjeros. Sin embargo, como ciudadanos libres, prefieren a veces invertir fuera y, de hecho, invierten mucho dinero en los Estados Unidos y en otros países. Por otra parte, a medida que nuestra economía se va desarrollando, tenemos cada vez mayor capacidad para encontrar nuevas salidas comerciales. El Gobierno del Canadá busca activamente asociados alternativos que sirvan de contrapeso a este gran vecino americano y equilibren mejor las fuerzas en juego.

Un estadista canadiense afirmó, a comienzos del siglo xx, que este siglo debía pertenecer al Canadá, y que en este periodo histórico nuestro país alcanzaría su completo desarrollo. Estamos ya en mil novecientos setenta y siete, y el tiempo va pasando, pero sigo estando convencido de que el porvenir del Canadá es muy risueño, ya que, en comparación con los Estados Unidos, disponemos de muchas ventajas relativas, tales como nuestros vastos recursos naturales y nuestra capacidad de crecimiento. Sigo, pues, siendo optimista en lo relativo a nuestro futuro.

Examinemos ahora nuestras relaciones con nuestros vecinos de

este lado del Atlántico. Históricamente, los lazos entre el Canadá y Europa han sido muy estrechos. Aparte de nuestros primerísimos habitantes, es decir, los esquimales y los indios, que vinieron a América del Norte desde Asia, nuestros primeros colonos proceden de esta parte del mundo. Los europeos descubrieron y colonizaron el Canadá. A este respecto, no puedo olvidar a los grandes hombres como Cristóbal Colón, o como los españoles que navegaron en torno a ambos continentes americanos y exploraron la costa occidental del Canadá. Pero el Canadá fue colonizado en un principio por los franceses, que se establecieron en él hacia el siglo xvii, dos siglos antes de que el Canadá fuera cedido a Gran Bretaña. Y el Canadá ha evolucionado hacia su forma actual bajo la dirección de este último país. Actualmente, más del cuarenta por ciento de la población del Canadá procede de Gran Bretaña y de Irlanda. Incluso, tras varios decenios de independencia, se encuentran todavía en el Canadá vestigios de esta situación colonial. Por ejemplo, nuestra constitución, llamada Acta de la América del Norte Británica, y que data de hace ciento diez años. Ciertas enmiendas a esta constitución deben seguir efectuándose en Londres, al no habernos podido poner de acuerdo en el Canadá acerca del procedimiento a seguir. También hay quien considera como un vestigio o anacronismo a la monarquía al hecho de que la reina de Gran Bretaña sea también reina del Canadá. Es decir, que ostenta varios títulos, ya que es el jefe de la Commonwealth y reina de los diferentes países que la integran. Esta situación no disminuye en modo alguno el carácter soberano del Canadá, sino que refleja la evolución pacífica de nuestro país hacia la independencia y los estrechos lazos que siguen existiendo entre el Canadá y Gran Bretaña.

Lo que conviene recordar de estas relaciones entre Gran Bretaña y el Canadá es el hecho de que seguimos manteniendo lazos muy fuertes con Europa: por una parte, a causa de nuestros orígenes; pero también por la otra, porque seguimos sintiéndonos europeos. Este sentimiento de ser más europeos que los Estados Unidos nos es útil en el momento de afirmar nuestra identidad nacional. Se ha perpetuado desde mil novecientos cuarenta y cinco mediante la inmigración de más de dos millones de europeos. Pero los canadienses con mayor antigüedad en el país comparten también este sentimiento. Pienso, por ejemplo, en la población de lengua francesa que existe en el Canadá desde hace más de tres siglos y que sigue reconociendo a Francia como el lugar de origen de su cultura, sin sentirse por

ello francesa. Son canadienses, norteamericanos, pero quieren conservar relaciones culturales y lingüísticas con su país de origen. Este sentimiento pro Europa se refleja en la política canadiense. En el transcurso de las dos guerras mundiales, nuestro país participó por su propia voluntad en la lucha junto a Gran Bretaña, Francia y los demás países aliados. El Canadá es uno de los miembros fundadores de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) y hoy día trabaja asiduamente para desarrollar nuevas relaciones con la Europa del Mercado Común. El Mercado Común puede ser una entidad económica de primera importancia para todos nosotros, para el Canadá, en tanto que alternativa al comercio con los Estados Unidos; pero otros países, como España y Portugal, con los cuales estamos empezando a desarrollar relaciones muy fructíferas, pueden jugar el mismo papel.

Desde hace algunos años, el Canadá intenta establecer también nuevas relaciones con los países situados del otro lado del océano Pacífico. Porque, como ya lo hemos indicado, el Canadá limita también con el Pacífico. Durante mucho tiempo consideramos a esta región como más bien hostil, pero desde hace algunos años nuestra actitud ha cambiado, y países tales como el Japón, China e Indonesia se han convertido en unos países muy importantes para el Canadá. Los canadienses que viven en la costa del Pacífico se ocupan a veces más de Asia que de Europa.

En definitiva, podrán observar que el Canadá, a pesar de estar en cierto modo aislado en América del Norte, ha mantenido, y debe seguir manteniendo por su propio interés, contactos muy estrechos con el mundo. Esta preocupación se manifiesta igualmente en nuestras relaciones con los jóvenes países independientes de Asia y de Africa, y con los de América Latina. Las primeras representaciones diplomáticas del Canadá se abrieron en América Latina durante la Segunda Guerra Mundial. Después, la Commonwealth nos ofreció la posibilidad de desarrollar nuestras relaciones con algunos países jóvenes de Asia y Africa. Cuando la India, el Pakistán, Ceilán, Ghana, Nigeria y otros Estados alcanzaron la independencia, el Canadá realizó un gran esfuerzos para establecer relaciones cordiales con los mismos y para transformar a la Commonwealth en una fraternidad de naciones libres, de todas las razas y de todas las partes del globo. Actualmente, los jefes de Gobierno de los países de esta organización, unos treinta, se reúnen periódicamente para discutir las cuestiones de interés común.

El acceso de la mayor parte de las colonias francesas a la independencia, al final de los años cincuenta y al comienzo de los sesenta, ofreció al Canadá la posibilidad de establecer con ellas lazos semejantes. Y al comenzar la década de los sesenta el Canadá se transformó en un miembro muy activo de la Agencia de Cooperación de los países de habla francesa. He estado visitando recientemente tres países del Magreb, Marruecos, Argelia y Túnez, en los cuales existen embajadas del Canadá, y he podido observar las excelentes relaciones que existen ya entre nuestro país y aquéllos. Dejando a un lado los programas de ayuda, estas relaciones nos son muy útiles, al ayudarnos a comprender a esta parte del mundo y a salir de nuestro aislamiento. Están resultando ya ser unos aliados muy importantes en organizaciones como las Naciones Unidas.

Quisiera, para concluir, hablarles de un problema particular interno del Canadá, del cual habrán, sin duda, oído hablar: me refiero al de la población de habla francesa de la provincia de Québec. El ochenta por ciento de los seis millones de canadienses de habla francesa viven en esta provincia. Siguen estando en el mismo lugar, a orillas del río San Lorenzo, en el que fundaron el Canadá hace varios siglos. En sus comienzos no eran más que diez mil, tan sólo diez mil hombres y mujeres venidos de Francia; hoy día han alcanzado la cifra de ocho a nueve millones si contamos los que viven en el Canadá y los que marcharon a los Estados Unidos o a otros países. Sobrevivieron a un clima muy rudo, a luchas contra toda clase de enemigos: por ejemplo, los indígenas y los ingleses del Sur. Después de la cesión del Canadá a Gran Bretaña conservaron su cultura, sus costumbres, sobreviviendo un poco como el pueblo español, gracias a su fe en la religión católica, a su fidelidad a las tradiciones, a la importancia concedida a su lengua y a su modo de vivir.

Para resumir la situación actual de la población francófona del Canadá puede decirse que en su mayoría vive en Québec; una de las diez provincias del Canadá, en donde constituye el ochenta por ciento de la población, mientras que aproximadamente un millón vive en otras provincias. Según la Constitución, su lengua goza de los mismos derechos que la inglesa en la provincia de Québec, en el Parlamento del Canadá y en los Tribunales. En otras palabras, gozan de iguales derechos lingüísticos en la provincia de Québec y en el Gobierno nacional, pero no en las demás provincias.

Esta situación no satisface ya a las jóvenes y dinámicas generaciones actuales. Desde el año mil novecientos sesenta, aproximadamente,

hemos emprendido un proceso de modernización de la provincia de Québec, tras un largo período de conservadurismo. El mismo «viento de cambio» que barre Asia y Africa desde hace dos o tres decenios ha alcanzado también al Canadá. Los canadienses franceses actuales quieren salirse del antiguo marco de su civilización y afirmarse más como seres humanos.

Dos tendencias pueden identificarse entre los miembros de esta generación, que comenzó a manifestarse por los años sesenta. Algunos de ellos buscan esta modernización, este porvenir mejor en tanto que individuos y que grupo lingüístico, dentro del Canadá. Este grupo está representado, entre otras personas, por el primer ministro actual del Canadá, señor Trudeau. Hace doce años fue a Ottawa para representar a Québec y afirmar los intereses de su provincia. El y otros ministros, funcionarios y personalidades han conseguido modificar muy sensiblemente la situación de los canadienses franceses en el seno del Gobierno federal. La otra tendencia está representada por los que creen que a los canadienses de habla francesa les resultará siempre imposible encontrar un lugar justo en el interior del Canadá. Ya en mil novecientos sesenta y dos pudimos observar que un diez por ciento de los canadienses franceses, compuesto sobre todo de jóvenes y de los miembros de la *élite intelectual*, eran de esta opinión. Reivindicaban, pues, la separación de la provincia de Québec del resto del Canadá o, en otras palabras, la independencia de Québec. Aunque sus antepasados fueran los fundadores del país, consideraban que su sitio no estaba ya en él, identificándose tan sólo con la región en la cual eran mayoría y en donde podían ser, como suele decirse, dueños de su casa.

El Gobierno del Canadá reaccionó atacando los orígenes de este sentimiento de desafección. Un gran hombre de estado canadiense, cuyo nombre tal vez conozcan ustedes, el señor Pearson, primer ministro de mil novecientos sesenta y tres a mil novecientos sesenta y ocho, contribuyó en gran medida a hacer que el inglés y el francés fueran las dos lenguas oficiales del país de una costa a otra y en todos los sectores del Gobierno nacional. Además, él y sus colegas instauraron un programa de contratación de jóvenes francófonos, cuyo resultado fue que hoy día la proporción de francófonos entre los funcionarios públicos federales corresponda aproximadamente a la de la población de habla francesa del Canadá. También aumentaron las posibilidades para los francófonos de trabajar en su lengua y de ser atendidos por el Gobierno en francés. Finalmente, los Gobiernos del

señor Pearson y de su sucesor, el señor Trudeau, han establecido nuevos lazos con otros países francófonos de Europa, Africa y Asia.

Pero a pesar de estos esfuerzos, la importancia de las fuerzas independentistas o separatistas han aumentado incesantemente. En noviembre último, un partido que preconizaba la independencia accedió al poder en el Gobierno provincial de Québec. Este partido no recibió más que el cuarenta y uno por ciento de los votos, y, en realidad, la proporción de ciudadanos favorables a la independencia es aún mucho menor. Según un sondeo reciente, menos del diez por ciento de los habitantes de Québec apoyan la independencia de la provincia. Sin embargo, un treinta por ciento desearía una nueva Constitución, o incluso alguna forma de independencia que mantuviera algún tipo de asociación con el resto del país. Esta solución, conocida con el nombre de fórmula de soberanía con asociación, se parece un poco al Mercado Común Europeo. En definitiva, aunque las dos terceras partes de los habitantes de Québec se opongan a la ruptura con el Canadá, no deja por ello de ser menos cierto que un tercio es de algún modo favorable a la misma, un tercio que está constituido por lo que podemos considerar como los elementos más dinámicos del país.

Esta es la situación en la que nos encontramos actualmente. Desgraciadamente, parece imposible entablar negociaciones entre, por una parte, un Gobierno nacional, cuyo deber es mantener la unidad del país, y por la otra, un Gobierno provincial que rechaza toda discusión hasta que no se acepte la idea de independencia, al menos en principio. ¿Qué hacer en estas circunstancias? Es mi parecer que todos los ciudadanos de buena voluntad deben atacar la raíz del mal y plantearse la pregunta de por qué de dos a tres millones de ciudadanos están insatisfechos con el lugar que ocupan dentro del país. No se trata, después de todo, de una lucha entre dos Gobiernos, de una lucha por el poder, sino del bienestar de seres humanos. Y no solamente de la población francófona, ya que si el Canadá se dividiera en dos, el porvenir de las demás provincias se vería también gravemente comprometido. Puesto que la separación de Québec tendría como consecuencia el que las provincias del Atlántico quedarían cortadas del resto del país. En estas circunstancias, tendrían que buscar alguna fórmula de asociación con los Estados Unidos, y lo mismo les sucedería a las provincias occidentales. También se originaría una grave dislocación en la parte central del país, ya que Ontario y Québec se encuentran muy integrados económicamente. Podemos ver, por tanto, que las consecuencias de una

DALE C. THOMSON

ruptura serían muy graves. Sin embargo, no insistiré tanto en este aspecto, a pesar de su gravedad, como en las consecuencias del punto de vista humano. De hecho, me es muy difícil comprender cómo mi país, un país libre y democrático, un país abierto al mundo entero y que reconoce los derechos y respeto absoluto de todos los pueblos del mundo, cómo este mismo país no puede encontrar soluciones justas a sus problemas. Tengo la impresión de que no es solamente el porvenir de un país lo que está en juego, sino también un modo de gobernar conocido con el nombre de *democracia occidental*. Hago un llamamiento a la comprensión de nuestros amigos españoles, que nos observan de lejos mientras hacemos frente a este desafío, del mismo modo que nosotros observamos, con comprensión y buena voluntad, las transformaciones de España hacia, y lo deseo de todo corazón, una sociedad mejor.

DALE C. THOMSON